

JUAN MANUEL DE PRADA

Morir bajo tu cielo



JUAN MANUEL
DE PRADA

Morir bajo tu cielo

ESPASA  NARRATIVA

© Juan Manuel de Prada Blanco, 2014
© Espasa Libros S. L. U., 2013

Diseño e imagen de cubierta: más!gráfica

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 17.856-2014
ISBN: 978-84-670-4302-0

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Dirjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: Unigraf, S. L.

Espasa Libros, S. L. U.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

sión de alegría, aunque lo que celebraran no fuese exactamente de su agrado, pues su carácter era naturalmente inclinado a los agasajos y a las expansiones del ánimo. En las últimas semanas se habían organizado regatas y carreras de caballos que habían hecho las delicias de los niños góticos y las señoritas cursis; se habían organizado espectáculos circenses al aire libre y pasacalles con gigantes y cabezudos, para disfrute de la chiquillería; se habían celebrado funciones de gala en el teatro Zorrilla, en honor del ejército triunfante, con abundancia de damas emperifolladas como papagayos y caballeretes perejiles; se habían oficiado misas solemnes en la catedral, con liturgias de códice miniado, sermones altisonantes y somníferos, atronadores *tedeuums* y mucho dispendio de incienso; y la Cámara de Comercio, para sumarse a las diversiones, había ofrecido premios muy rumbosos a las iluminaciones más espléndidas, tanto en las fachadas de las casas como en los botes, canoas, barcazas y demás embarcaciones que participasen en la fiesta marítima celebrada en la desembocadura del río Pásig. A esta fiesta había acudido el capitán Las Morenas con su hijo, mientras Carmen se quedaba, por voluntad propia, preparando el equipaje para la vuelta.

—¿Y nuestro vapor tendrá una iluminación tan bonita? —le preguntó Enriquillo.

Acababa de cumplir ocho años; y el libro del mundo lo interpelaba con sus infinitos capítulos y notas a pie de página, haciendo de su vida recién estrenada un perpetuo estado de asombro. El capitán Las Morenas pensó que la curiosidad incesante y gozosa de su hijo tal vez fuese el estado natural del hombre, allá en el Edén; y que el conformismo paulatino que se abalanza sobre nosotros extinguida la niñez, ese agostamiento de la curiosidad que disfrazamos fingiendo que ya conocemos todas las respuestas, constituye el primer aviso de la decrepitud, la antesala de la muerte.

—Sospecho que no, Enriquillo —sonrió Las Morenas—. Pero si logras mantenerte atento, tal vez consigas ver cosas aún más bonitas.

—¿Como qué? —inquirió el niño, acucioso.

Habían comenzado los fuegos artificiales que servían de colofón a la fiesta marítima. No hay pueblo en el mundo tan afi-

cionado a la pirotecnia como el filipino, que gusta de lanzar cohetes y bengalas y de prender ruedas de fuego y morteretes en todas sus solemnidades, desde el bautizo hasta el entierro. Los fuegos artificiales perforaban la noche y después se abrían en lo alto entre estallidos, como orquídeas de corola voluptuosa o actinias de tentáculos ondulantes.

—Como, por ejemplo, el mar de ardora —se le ocurrió a su padre—. A veces, por la noche, el océano emite una luz misteriosa.

—¿Es que encienden lámparas en el agua? —se escamó Enriquillo.

—No, es que hay una gran concentración de medusas luminiscentes, o de plancton marino.

Enriquillo abrió la boca y los ojos en señal de pasmo, tratando de imaginar aquel prodigio. Las Morenas siguió alimentando su fantasía de imágenes que le hicieran más liviana la travesía:

—Y, con un poquito de suerte, podrás ver saltar a los delfines en el canal de Suez.

—¿Es que saltan los delfines? —se maravilló Enriquillo—. ¿Como las liebres?

—Y más aún.

La que saltaba como una liebre era la curiosidad de Enriquillo, que todo lo miraba como si hubiese sido recién creado: el día y la noche, el cielo y la tierra y cuanto en ellos se contiene era para él fuente de misterio, un tesoro siempre renovado que jamás agotaba sus provisiones. Crecer —pensó Las Morenas— es conformarse con una realidad que se repite y amoldarse a ella, convirtiéndonos nosotros mismos en criaturas en serie, con actitudes previsibles, con palabras gastadas, con pasiones estereotipadas, con preocupaciones triviales de tan archisabidas. De todo este deterioro que la vida nos arroja encima se sentía salvado el capitán Las Morenas, cuando estaba al lado de su hijo.

—¿Y madre no me pondrá pegas si me paso el día entero en cubierta? —insistió Enriquillo.

—Ya me encargaré yo de decirle que no te las ponga.

Su matrimonio con Carmen llevaba muchos años languideciendo, o tal vez nunca había sido vigoroso (lo que explicaría su mala salud de hierro). Aunque no podía afirmarse con propie-

dad que hubiese sido un matrimonio concertado por sus respectivas familias —a quienes unía una amistad de varias generaciones robustecida por alianzas comerciales—, ambos habían sido aleccionados desde la infancia para que su noviazgo fuese algún día una realidad; y lo fue, en no escasa medida merced a la atracción física que pronto se manifestó entre los dos vástagos, que sirvió para facilitar el designio de sus progenitores, pero también para enmascarar una palmaria ausencia de sintonía espiritual que, a medida que el fuego de la pasión se fue aquietando (y después extinguiendo), no hizo sino agravarse, para degenerar por último en una suerte de hastío muy protocolariamente cortés que disimulaba el divorcio de dos almas que habían llegado a ser extrañas y cerradas la una para la otra. Tal proceso de necrosis y distanciamiento se había producido sin interferencia de terceros, sin turbios episodios adulterinos, sin que ni siquiera mediaran querellas; simplemente, el amor conyugal había ido gangrenándose hasta hacerse puro formalismo sin vitalidad. Pero su cáscara era tan correosa —tal vez porque ambos reconocían en el otro una nobleza originaria que ni siquiera la incompatibilidad de caracteres podía oscurecer— que ninguno de los dos se había atrevido a traicionarlo; y no tanto por temor al escándalo o a la comidilla como por apechugar estoicamente con las consecuencias de su error. El nacimiento y crianza de Enriquillo habían servido para cubrir de bálsamo la herida, ya que no para cicatrizarla y sanarla; y puesto que pronto se reveló como un niño de salud más bien frágil que heredaba algunas de las afecciones paternas (en especial la anemia crónica), tanto Carmen como Las Morenas cifraron en su cuidado un estímulo constante y una empresa común. Desvelándose por Enriquillo habían encontrado ambos la paz que buscaban y conseguido que su matrimonio no se hundiera en la aridez y la amargura, que es el desaguadero más habitual de los matrimonios fundados sobre trampantojos. Y, amándolo con abnegación y porfía, habían logrado que algo de ese amor se irradiase sobre las miserias y asperezas de su relación, dulcificándola idealmente. Pero, como suele ocurrir con todos los sentimientos ideales, al capitán Las Morenas le resultaba más sencillo mantener su amor conyugal cuando Carmen se hallaba lejos de él, allende el océano, al contrario de lo

que sucede con los sentimientos verdaderos, que se nutren y afianzan con la proximidad del ser amado. De este modo, mientras Carmen permaneció en Cádiz y él se mantuvo ocupado en las vicisitudes de una guerra selvática y extenuante, Las Morenas pudo figurarse sin dificultad que cada día amaba más a su mujer; espejismo que no tardó en hacerse añicos cuando Carmen vino a Manila, alarmada por el telegrama que le notificaba que su marido convalecía en un hospital.

—Y con esto se acabaron las fiestas —mintió Las Morenas, para hacer menos pesados la marcha a Enriquillo.

Las barcazas y canoas habían apagado las luces que engalanaban sus cubiertas, tras la entrega de premios que había clausurado la fiesta marítima, y bogaban Pásig adentro, con esa desgana melancólica que nos acomete cuando sabemos que los días de júbilo quedaron atrás. También a Enriquillo lo había ganado la melancolía, que en él no era desgana, sino más bien mohína. Las lágrimas le ahogaban la voz:

—A mí me gustaría quedarme con usted, padre. Aunque se hayan acabado las fiestas.

—Vamos, Enriquillo, que no se diga. En Cádiz tienes mar como en Manila, y fiestas tan buenas o mejores. —Las Morenas trataba de resultar convincente, pero sabía que sus dotes persuasivas eran más bien nulas—. Cuando lleguéis, estarán por celebrarse los carnavales. Y aún te queda ver lo que los Reyes Magos te han dejado en casa de los abuelos...

Enriquillo se encogió de hombros, despechado:

—Aquí les pedí que me trajeran soldaditos de plomo y no me hicieron caso...

—Pero te trajeron una pelota bien bonita, hombre —se esforzó Las Morenas—. Y fíjate que traer los regalos hasta Manila debe de costarles un Potosí...

Notó que la manecilla de Enriquillo se ablandaba y humedecía, como si la inminencia del llanto doblegase su resistencia.

—Madre dice que no me trajeron los soldaditos porque no quieren que de mayor sea militar...

Se habían adentrado en Intramuros, donde se hallaba el hotel en el que se hospedaban. Aunque sucesivos incendios y terremotos habían destruido el antiguo esplendor del recinto

amurallado, todavía se respiraba allí, entre baluartes lastimados de asedios y fosos de agua corrompida, entre campanarios memoriosos de muertos y callejuelas desmemoriadas de reyertas, el señorío barroco de una España que ya había dejado de existir.

—Bueno, si es como madre dice, habrá que tenerlo en cuenta —masculló Las Morenas, que tampoco deseaba que su hijo eligiera su oficio, pero sentía aquel intento de encauzar o torcer su vocación como una profanación o un avasallamiento—. El parecer de los Reyes Magos es siempre digno de consideración.

—¿Y el de madre? —preguntó Enriquillo, raudo como un lince.

—Más incluso. Tu madre siempre tiene razón. —Y, como le pareciera que la frase era demasiado terminante y Enriquillo estaba a punto de sollozar, precisó—: O, al menos, sus razones. El tiempo lo irá madurando todo.

Aunque Carmen había tratado de transmitirle cierto desapego hacia la vocación militar (no tanto por animadversión hacia la milicia como por amoroso egoísmo de madre), Enriquillo profesaba una admiración ingenua y rendida hacia su padre y una curiosidad incansable hacia todas las disciplinas y peculiaridades tocantes a su oficio: sabía distinguir los diversos empleos militares por sus divisas; sabía identificar desde sus primeras notas los toques de corneta; sabía, en fin, cuadrarse ante un oficial y formar como el mejor soldado. Habiéndose criado en un cuartel, tal vez aquellas habilidades no fuesen demasiado meritorias, incluso podrían calificarse de miméticas; pero Enriquillo, además, conocía de cerca las penalidades de la vida militar, pues había vivido separado de su padre durante más de un año, desde que lo destinaran a Filipinas hasta que lo hirieron en Cabanatuán con una herida de bolo que a punto estuvo de alcanzarle la femoral. Cuando Carmen supo que su marido convalecía en un hospital de Manila y que, aunque fuera de peligro, su recuperación se había complicado por culpa de las enfermedades tropicales que hacían fácil presa en su naturaleza más bien delicada, había tomado un vapor para Filipinas y llevado consigo a Enriquillo, que no quiso de ningún modo quedarse al cuidado de sus abuelos. La llegada inesperada de Carmen y Enriquillo a Manila había alegrado la convalecencia de Las Morenas

y abreviado sus padecimientos, pero también le había complicado un tanto la vida, obligándolo a solicitar permiso para instalarse con su familia en un hotel de Intramuros, pues el ambiente cuartelero de Manila era más bien agropecuario, en poco o en nada parecido al de Cádiz. El capitán Las Morenas había hecho malabarismos para conciliar sus obligaciones como oficial con las atenciones que le reclamaba su familia, recién llegada a una tierra por completo exótica y, considerando algunas de sus peculiaridades —clima y alimentación sobre todo—, un tanto inhóspita, aunque el carácter de sus gentes fuese hospitalario.

Cuando se proclamó el fin de las hostilidades, en vísperas de Navidad, Las Morenas había pensado que podría dedicarse más esmeradamente a los suyos, mientras aguardaba que lo devolvieran a la península, tal como había solicitado; pero, extrañamente, le fue denegada la petición, y por lo que pudo averiguar entre los altos mandos, el gobernador Primo de Rivera barajaba encomendarle alguna misión en las «provincias pacificadas», que era la expresión eufemística que la propaganda oficial empleaba para referirse a aquellas regiones donde, tras el armisticio, se habían refugiado los rebeldes, aguardando la ocasión para volver a la carga. Las Morenas sabía de algunos oficiales que habían probado a viajar con sus familias a estos destinos, que desde Capitanía General se presentaban como apetitosas sincuras (aunque eran más bien pudrideros para los oficiales más molestos o refractarios); y sus relatos coincidían siempre en resaltar las mil y una calamidades que hacían imposible la crianza de los hijos y sometían a sus esposas a sacrificios y abnegaciones impropios de su condición. Nada deseaba menos Las Morenas que exponer a Carmen y Enriquillo a semejantes privaciones y vergüenzas; y, aunque finalmente no se confirmara su envío a provincias, tampoco creía que la paz lograda en Biacnabató fuera duradera, sino más bien un subterfugio del gobierno español, que ante la ruina del erario público sólo aspiraba a ganar tiempo. Le había costado sobremanera convencer a Carmen de que regresaran a Cádiz con Enriquillo, justo cuando Manila se engalanaba como una novia, dichosa de ofrecer a los visitantes su rostro más jovial; y hasta había tenido que encajar algún reproche (nunca demasiado agrio, como corresponde a un matri-

monio regido por inercias y formalismos) que lo culpaba de querer librarse de su compañía, por considerarla engorrosa. Cuando lo cierto es que la compañía de Enriquillo era la que el capitán Las Morenas más ansiaba; y la compañía de Carmen, aunque le hacía más lacerante la conciencia de su fracaso conyugal, también le recordaba más vivamente sus compromisos. Y Las Morenas no era hombre dispuesto a cejar ni un ápice en los compromisos que un día asumió.

—Anda, Enriquillo, vete a darle a mamá un beso de buenas noches.

Por un alquiler módico (irrisorio al cambio, como ocurría con casi todo en Manila, donde los funcionarios de medio pelo podían vivir como potentados), Las Morenas había conseguido una habitación muy desahogada, comunicada además con una dependencia más reducida. Enriquillo se despidió hasta la mañana siguiente de su madre, que se azacaneaba entre un barullo de ropas y baúles, preparando el equipaje en la estancia principal; cuando entró en su cuarto, donde Las Morenas ya lo aguardaba, tenía la mirada arañada de murria, pero su padre prefirió pensar que era somnolencia. Rezó con él las oraciones como lo hacían en Cádiz, repitiendo las mismas palabras ancestrales que otras veces sonaban a salvoconducto para la eternidad y aquella noche, en cambio, tenían la música lastimera de una despedida. Cuando las concluyeron, Las Morenas musitó protocolariamente:

—¿Quieres que te cuente un cuento?

Pero ya sabía la respuesta de Enriquillo, también musitada, casi clandestina, para evitar que Carmen los escuchase:

—No, padre. Prefiero que me cuente una batalla. —Generalmente, la petición era risueña, pero Enriquillo se había olvidado de sonreír aquella noche—. Que sea esta vez una batalla filipina, por favor.

Siempre le pedía que le contase batallas célebres; pero no le bastaba con las generalidades sumarias que se explicaban en las academias militares, sino que demandaba pormenores y circunstancias que exigían a Las Morenas desempolvar mamotreos de estrategia militar y adquirir erudiciones de hormiga que no lo dejaran en evidencia. Carmen nada sabía de aquellas narraciones clandestinas.

—¿Qué te parece La Naval de Manila? —secreteó.

Enriquillo se recogió bajo el embozo de la sábana, saboreando el deleite que le procuraban aquellas crónicas nocturnas.

—Me parece de perlas —dijo.

—Pues resulta que durante la Guerra de los Ochenta Años, que enfrentó a España con los holandeses, fueron muchas las veces que los esbirros de la Compañía Neerlandesa de las Indias Orientales, con sede en Batavia, trataron de saquear Manila —comenzó Las Morenas.

—¿Y a qué se dedicaba esa Compañía, padre? —lo interrumpió Enriquillo, dando así principio al largo rosario de preguntas encadenadas que cada noche dilataban la narración de la batalla.

—Era una junta de ladrones, hijo, a la que los secuaces de Calvino concedieron poderes próximos a los de un gobierno. Podían acuñar moneda y tenían el monopolio del comercio...

—¿Y quién era Calvino?

Y así se iba desplegando la curiosidad arborescente de Enriquillo, que poco a poco iba atrapando a su padre en un laberinto que desbordaba sus conocimientos, sus horizontes inquisitivos, su capacidad inventiva incluso. Pero el cansancio se iba apoderando poco a poco del niño, que voluptuosamente se dejaba arrullar por la voz de Las Morenas, cada vez más aterciopelada y salmódica:

—... Entre la flota holandesa y Manila sólo se interponían aquellos galeones, ruinosos de tan viejos. Todos los marinos y soldados, con sus oficiales al frente, se encomendaron a la Virgen del Rosario que se venera en la iglesia de Santo Domingo, recibieron la comunión y se lanzaron a la caza del enemigo...

Las Morenas esperó que Enriquillo le preguntara si aquella Virgen del Rosario que se veneraba en Manila era la misma que la patrona de Cádiz, pero el niño ya dormía con una respiración que se le quedaba como ensimismada en los labios. Besó su boquilla entreabierta y salió de su cuarto de puntillas, cuidando de cerrar la puerta tras de sí con picaporte. Carmen había desperdigado, como en una almoneda, un revoltijo de enseres sobre la cama que luego iba metiendo en los baúles, aprovechando cualquier hueco o resquicio, con paciencia de miniaturista.

—El niño duerme como un bendito —susurró Las Morenas.

Carmen estaba en camisión, desembarazada de corsés y enaguas; la lámpara de la mesilla, de luz muy medrosa, acertaba sin embargo a descifrar los contornos de su cuerpo, que seguía siendo turgente y de carnes lozanas, en la frontera misma del exceso. Las Morenas recordó con perplejidad y pudorosa melancolía la excitación que en otro tiempo sentía cada vez que Carmen le permitía vislumbrar aquellas turgencias, el deseo acucioso de acariciarlas y solazarse con ellas.

—Si no te apresuras, llegarás tarde, Enrique —dijo ella, en un tono que era casi amonestador, como si quisiera disuadirlo de rememoraciones estériles.

Seguía siendo, a su modo, bella; de esas bellezas bruscas, imperiosas, un poco bastas incluso, que en la juventud son un reclamo para la concupiscencia y en la madurez corren el riesgo de ajamonarse y tornarse vulgares. Pero Carmen más bien se había amojamado con los años; y sus rasgos, al afinarse, se habían hecho más expresivos y enérgicos, sin dejar de ser sensuales, aunque los perjudicase siempre un mohín de disgusto. Las Morenas empezó a excusarse:

—Me hubiese gustado que pudieras venir conmigo...

—Bah, no te preocupes —lo atajó Carmen, como fatigosa de sus disculpas—. Tengo que hacer el equipaje y mañana hay que madrugar. Además, alguien tenía que quedarse con el niño.

A Las Morenas lo humillaba tenerse que poner el uniforme de gala, porque su ánimo no estaba para fiestas; y este rechazo del ánimo se comunicaba a su organismo en forma de rechazo fisiológico, de náusea casi. Pero estaba obligado a asistir al baile de etiqueta que se ofrecía en las Casas Consistoriales en honor del gobernador general, Fernando Primo de Rivera, marqués de Estella, el artífice de la paz de Biacnabató. Su ausencia se hubiese interpretado entre el estamento militar como una desafección.

—Estaré poco tiempo, en cualquier caso —dijo—. Lo justo para hacer el paripé y que quede constancia de que me he pasado por allí.

El uniforme de gala, colgado de la percha del armario, semejaba un ahorcado con ínfulas de elegancia. Las Morenas se quedó

en paños menores para ponérselo; aunque apenas por un instante, se abochornó de que Carmen pudiera reparar en sus muslos entecos, de los que ya había desertado el vello, cruzados por la cicatriz de la herida que le habían infligido en Cabanatuán.

—No tengas prisa, Enrique. Se supone que tenéis que celebrar la victoria, ¿no? —En sus palabras había un retintín sarcástico, como si tácitamente le afeara que, llegada la hora de las celebraciones, la despachase a Cádiz, después de haberla tenido a su lado durante la convalecencia—. Por cierto, esta tarde, mientras estabas con el niño en los fuegos artificiales, te trajeron ese sobre de Capitanía.

Apuntó hacia su mesilla, afectando desinterés. En el anverso del sobre alguien había escrito con pulcra caligrafía inglesa su nombre; en el reverso figuraba, estampado muy primorosamente, el título nobiliario del remitente («El Marqués de Estella»), con su escudo de armas: en los cuarteles de la izquierda, las armas de Primo, un león rampante de gules y un águila de sable en campo de oro; en los cuarteles de la derecha, las armas de Rivera, cuatro franjas ondeadas de azur en campo de plata. Las Morenas guardó el sobre en un bolsillo interior de la guerrera, afectando también desinterés.

—¿Es que no vas a abrirlo? —se sorprendió Carmen.

—Es la invitación al baile, nada más —dijo, sin darle mayor importancia.

Carmen pareció quedar satisfecha con la explicación, tan insatisfactoria; o, si no lo quedó, lo disimuló sin esfuerzo, tal vez porque el disimulo entre ambos se había convertido en una rutina. Las Morenas le estampó un beso muy casto en la frente y salió del hotel, con la repetida promesa de un pronto regreso. Intuía que aquel sobre era heraldo de noticias funestas que atañían a su más inmediato futuro, pero se había prometido supersticiosamente que no se dejaría perturbar por tales noticias hasta que Carmen y Enriquillo no hubiesen tomado el vapor que los devolviera a España, pues no deseaba contagiarles sus aprensiones y mucho menos que se atribulasen con su suerte y postergasen su retorno. Con la caída de la noche, una brisa húmeda aventaba la parte alta de la ciudad que mira al mar, refrescando sus pensamientos. Todavía los campanarios de las iglesias y los

conventos de Intramuros repicaban jubilosos, aunque ya las callejuelas empedradas se empezaban a recoger en un silencio clausttral, sólo interrumpido a intervalos por el taconeo premioso de los escasos transeúntes, los golpes de las puertas al echar el tranco y el andar acompasado de las patrullas de servicio. Por contraste con la oscuridad reinante en las leprosas murallas, las Casas Consistoriales ostentaban en la fachada guirnaldas; y la luz de las arañas que iluminaban su interior se esparcía sobre la ciudad, como un perfume costoso y engréido. Junto a la breve escalinata de entrada, se hallaba la carroza del gobernador, que por ser día especialmente fausto tiraban seis caballos, ya que habitualmente la primera autoridad civil rodaba en coche de cuatro, privilegio que sólo compartía con el arzobispo de Manila. Rodeaban la carroza cuatro alabarderos ataviados con casacas azul turquí con charreteras y entorchados y botonaduras doradas que, en comparación, hacían palidecer el uniforme de Las Morenas, aunque desde luego no desentonaban con el ambiente que reinaba en las Casas Consistoriales.

Se había reunido allí ese séquito de palacios establecidos y postulantes que gulusmean la mesa del poder, en espera de alguna migajilla en forma de privilegio, exención, sobresueldo o mandurria, honradísimos de ser, siquiera por unas horas, vistosos comparsas de una feria de las vanidades que a Las Morenas se le antojaba moziganga de muy mal gusto. Allí se congregaban las matronas emperejiladas, cotorronas de pechos como albardas asomados al balcón del escote; allí los pisaverdes a los que hacían monadas con los abanicos, chisgarabises de apenas veinte años que se ponían morados a palpar culos en las angosturas de pasillos y camarines; allí los maridos cornudos, con el frac acribillado de medallas y condecoraciones, como estantiguas reumáticas que aturdían a las prometidas de los pisaverdes con un añejo repertorio de galanterías mientras bebían marrasquino para anestesiar el ataque de gota; allí la clerigalla más cortesana y camandulera, cabildeando con los militarotes liberales, que eran los que más gozosamente se acogían a esa religiosidad cínica que permite comulgar por las mañanas, acudir por las tardes a una casa de tolerancia y asistir por las noches a la logia masónica. Las Morenas se abrió paso entre toda esta patulea, en un esfuerzo

estéril por cumplimentar al general Primo de Rivera, que estaba blindado a las aproximaciones de los advenedizos por una cohorte de oficiales arribistas y miramelindos. Como le repugnaba que lo tomasen por otro arribista más, terminó por desistir; y, agotado su repertorio de sonrisas forzadas y lisonjas fingidas, fue a parar a una salita que se había quedado casi vacía, después de que los criados hubieran acudido con el refrigerio al gran salón central, donde luego se bailarían valeses y rigodones.

—Créanme, amigos. Hasta la fecha, todos los intentos de reforma que se hacían desde Madrid se anulaban en las esferas inferiores, por culpa de la avaricia y lenidad de nuestros funcionarios. Los abusos no los remedia un real decreto mientras una autoridad celosa no vigile, al pie del terreno, su ejecución.

Quien así disertaba desde la atalaya de una imaginaria propiedad —como hacen siempre los fariseos y los puritanos— era Parada, un catedrático jubilado, resbaloso como una anguila y tarasca como un lucio, al que el gobierno de Cánovas había encargado la reforma administrativa de Filipinas y al que luego el gobierno de Sagasta había confirmado en su puesto, como conviene a las pantomimas de alternancia en el poder (que, junto a sus cementerios de cesantes, requieren también una élite de chupópteros de consenso). Escuchaban a Parada un canónigo de la catedral de mirada teologal y manos mantecosas, como de amasar pan, que entrelazaba seráficamente sobre la barriga; y un chupatintas jovenzuelo con las orejas como hojas de lechuga mustia, de una palidez acendrada que sólo se logra con una dieta de yeso o unas sesiones intensivas de manubrio. Parada sacó otra vez la lengua a paseo, encantado de escucharse; era un vejancón arrogante, algo cargado de espaldas, que miraba a sus interlocutores (a los que, sin embargo, no dejaba meter baza) con ojos encharcados de niebla:

—Y aquí, en Filipinas, hay esa nefasta costumbre de que los proyectos de reforma se queden en proyectos, para perpetuar los abusos, mientras la autoridad duerme tan tranquila —peroró—. Como los altos funcionarios que el gobierno envía vienen para pocos años, su única pretensión es hacerse cuanto antes con una fortuna que luego les permita vivir de los ahorros, de vuelta a España. —Parada hizo una pausa al reparar en Las

Morenas y le lanzó una mirada taimada, que podía ser al mismo tiempo apreciativa y rencorosa—. Pedir que alguien que viene como extranjero para hacer dinero se interese por el bien del país es como pedir peras al olmo. No sé lo que pensará el capitán Las Morenas...

Ambos habían tenido anteriormente algún rifirrafe, pues Parada había querido mangonear en asuntos de intendencia del ejército que Las Morenas tenía encomendados; y Las Morenas se lo había impedido sin miramientos. Parada lo miró con una suerte de fiereza metálica, como si sus ojos fueran alfileres que clavan insectos sobre el corcho. Se sujetó sobre el puente de la nariz sus gafas de gruesa montura, que súbitamente agrandaron sus ojos, restándoles capacidad de intimidación.

—Pues, si he de serle sincero, no tengo una opinión formada —se escabulló Las Morenas al principio. Pero luego pensó que aquel fatuo merecía algún sofoco—: Aunque yo diría que el origen del problema está en querer resolver desde la corte los problemas de Ultramar. Mucho más eficaz que andar mandando arbitristas para resolver los problemas administrativos sería formar funcionarios entre los propios filipinos, remunerándolos decorosamente. Un cuerpo de funcionarios nativos, conocedores de los problemas y necesidades de sus paisanos, es lo que se necesita en Filipinas. Lo demás son ganas de marear la perdiz.

Se hizo un silencio acongojado, como de quirófano o cadalso, incongruente con el bullicio de hervidero humano que llegaba hasta sus oídos. Sonaron los primeros compases del vals que servía de apertura al baile, momento que el canónigo y el chupatintas aprovecharon para sonreír y balancear la cabeza al ritmo de la melodía, como badajos bobalicones.

—Vaya, capitán, a lo mejor ha equivocado su vocación y debería ser usted el comisionado del gobierno para asuntos administrativos —se enviscó Parada—. Lástima que ese método que usted postula de confiar responsabilidades a los indios no haya dado resultados demasiado halagüeños en el ejército, ¿no le parece?

Las Morenas había humillado al fatuo arbitrista, que ahora no pararía hasta comprometerlo y hacerle cometer algún desliz. Parada, en su modo de tirar la piedra y esconder la mano, le re-

cordaba esas culebras que escupen su veneno y de inmediato se retiran, con un movimiento retráctil.

—Es una lógica consecuencia de lo que acabo de denunciar —dijo Las Morenas, manteniendo el aplomo y la serenidad—. Si a los filipinos no les permitimos acceder a la administración, ni en general a aquellos trabajos que exigen el concurso de aptitudes que excedan la mera fuerza bruta, difícilmente podemos pedirles que luchen por la patria. Nadie se implica en una causa que no siente como propia. Mientras a los filipinos no se les confíen puestos de responsabilidad, mejor será que el ejército se nutra con tropas peninsulares.

El canónigo suspiró con melindre más propio de monja. Trató de dulcificar el ambiente:

—Precisamente eso es lo que solicitaba nuestro anterior gobernador, el general Polavieja. Pero sus peticiones no fueron atendidas...

En su tono melifluido se percibía que añoraba los modos más contundentes, de palo y tentetieso, del anterior gobernador; pero se cuidaba de arremeter contra Primo de Rivera, antes de que los otros interlocutores no mostraran sus cartas. El chupatintas, que se removía en su asiento deseoso de intervenir, soltó un aguijonazo contra Polavieja:

—¡Cómo que no fueron atendidas! Sin querer dejar por mentiroso a Su Reverencia, debemos recordar que Cánovas ofreció a Polavieja más de seis mil hombres de refuerzo, pero él no se conformó y pidió el triple. —Aunque empleaba un tono pomposo con el canónigo, se notaba que no tenía demasiado respeto hacia su ministerio—. ¡Con muchos menos Hernán Cortés conquistó el imperio azteca!

—Pero los hombres de Cortés sabían por lo que luchaban —terció Las Morenas, merodeando el barranco—. No creo yo que los muchachos que reclutan en España y nos envían aquí lo tengan tan claro. Todos, por cierto, de las clases más humildes, que son las que no pueden pagar la cuota para librarse del alistamiento. Con razón alguien dijo que, en los ejércitos permanentes, un soldado es un esclavo con uniforme.

Se hizo de nuevo el silencio, ahora más estupefacto ante la osadía de Las Morenas. En el salón de baile la orquesta había aco-

metido los compases de un rigodón, que llegaban hasta la salita despiojados de corcheas y un poco desafinados.

—¿Y quién dijo esa lindeza? —se engalló Parada—. ¿Bakunin?

—No, señor, Donoso Cortés, marqués de Valdegamas —lo rectificó Las Morenas.

El canónigo se llevó la mano mantecosa al sobaco para rasarse los picores que le causaba el balandrán. El chupatintas amurrió el gesto, como si hubiese olfateado alguna vianda envenenada:

—¡Donoso, qué horror! A esa reliquia ya sólo la reivindicaban los carlistones.

Parada soltó una risita extraña, como de resorte averiado:

—Quién sabe, a lo mejor el capitán Las Morenas simpatiza con los carlistones. Sin que lo sepan sus superiores, por supuesto...

—A los carlistones, como ustedes dicen, los combatí en Molins del Rey y la Seo de Urgel, donde me gané el ascenso a teniente —lo atajó Las Morenas, ahora sin molestarse en disimular su acritud—. Y, combatiéndolos, aprendí a respetarlos. Al menos ellos luchaban por un ideal y morían gustosos por él.

Ahora Parada estalló en una carcajada forzada que le arreboló el rostro. Su voz engreída se alzó hasta hacerse casi vozarrón:

—¡Ideal! ¿Y en qué consistía ese ideal, si puede saberse?

—Pues por ejemplo...

—¡En el origen divino de los reyes! —lo interrumpió el chupatintas, arqueando las cejas y abriendo los ojos en un aspaviento exorbitante. Eran ojos de besugo fiambre, como bolitas de porcelana viscosa, a juego con la palidez de su rostro.

—En el origen divino de los reyes crearán los absolutistas —lo corrigió Las Morenas—. Y sospecho que muchos liberales cortesanos, puestos a medrar y a conseguir algún puesto en palacio, estarían dispuestos también a afirmarlo, aunque no crean en Dios. —Comprobó con alborozo que Parada se removía inquieto en su silla—. No, los carlistas creen en el origen divino del Derecho, fuente de la justicia. Y creen en un rey que encarne esa justicia, al servicio del pueblo. O, mejor, de los pueblos que componen España, que por mucho que algunos se empeñen en igualarlos no tienen el mismo origen, ni la misma

lengua, ni las mismas costumbres. Creen en un rey que jure las leyes de cada reino o provincia, guardándolas y haciéndolas guardar.

—Esa monarquía de la que habla el capitán es por completo quimérica e inviable —objetó Parada, lanzándole una mirada rencorosa—. El Estado que consagra nuestra Constitución no admite esas veleidades foralistas; y nuestra reina regente no tiene por qué jurar leyes de no sé qué terruños. Pero, claro, para los carlistones nuestra amada regente María Cristina, al igual que su augusto hijo, que Dios guarde, son usurpadores. Espero que no lo sean para usted también...

Parada rió malicioso; ahora su risa era como un tintineo de moneda falsa. El canónigo cloqueó, temeroso de que la tertulia improvisada degenerase en trifulca:

—Repórtense, caballeros. Ambos deberían saber que nuestro amado pontífice nos exhorta a aceptar sin reservas el poder civil vigente. Recordemos lo que les dijo por carta a los cardenales franceses: «Aceptad la República, que es el poder constituido y existente entre vosotros. Respetadlo y sedle sumisos, como si representase el poder venido de Dios». —Volvió a suspirar melifluamente—. No vayamos nosotros ahora a ser más papistas que el Papa.

Parada remachó tribunicio:

—Muy bien dicho. Como católico me inclino ante la autoridad infalible del Santo Padre en materia de fe; pero como ciudadano reivindico mi derecho a pronunciarme libremente en materia política.

Las Morenas miró con desprecio al canónigo, representante de esa clerigalla acomodaticia y zampatortas que vende su primogenitura por un plato de lentejas. El pollastre chupatintas se choteó, fingiendo adulación:

—Da gusto que haya ministros de la Iglesia como nuestro ilustre canónigo. Son los que aseguran que el progreso de la Humanidad y la modernización de la Iglesia vayan juntos de la mano. ¿Monarquía o República, qué más da? Lo importante es acatar el poder vigente. —Hizo una pausa y añadió, sarcástico—: Siempre, por supuesto, que se tengan en consideración las necesidades del clero...

—¡Faltaría más! —saltó el canónigo—. Tengo entendido que algunos ministros de Sagasta pretenden quitar la asignación del presupuesto destinada al culto. ¡Esa es una política hostil a la religión y a Dios, y los hombres de fe deben reprobarla!

Buscó la anuencia del catedrático Parada y el pollastre chupatintas, que se escaquearon, más proclives a caminar de la mano por la vía del progreso que a reprobaciones retrógradas. Parada aprovechó para volver a meter cizaña:

—Pues tengo entendido que los carlistones, de haber ganado la guerra, habrían retirado también esa asignación.

—Así es, en efecto —reconoció Las Morenas, que aprovechó para lanzar una pulla al canónigo—: Claro que, a cambio, habrían devuelto a la Iglesia, para asegurar sus medios de subsistencia, todas las propiedades que los gobiernos liberales les arrebataron en las desamortizaciones.

El canónigo parpadeó y se pasó pensativamente la mano por la sotabarba, más partidario de la sopa boba presupuestaria que de labrar la tierra:

—Desengañémonos, señores —dijo al fin—. El poder establecido es el poder legítimo, y a él debe obedecerse. La Constitución promulgada por Su Majestad Alfonso XII, que en paz descansa, establece que la religión católica, apostólica y romana es la del Estado y que la nación se obliga a mantener el culto y a sus ministros; y eso va a misa.

Las Morenas sonrió para velar su amargura:

—¿A qué misa? En esa Constitución también se dice que todo español está obligado a defender la patria con las armas. Y, extrañamente, entre la tropa sólo encuentro españoles pobres, porque los ricos se libran de defender la patria pagando una cuota.

A sus contertulios les desagradaba que la conversación derivase hacia asuntos tan espinosos, seguramente porque ellos mismos habrían librado del alistamiento a algún familiar pagando la cuota, o mediante tejemanejes en el Ministerio de Guerra. El pollastre chupatintas, que estaba en edad de ser reclutado, arremetió contra Cánovas, que todavía tenía el cadáver recientito:

—Lo que está claro es que Cánovas se negó a enviar más tropas porque temía que ese envío pudiera ser interpretado por la

prensa como un desmentido de la postura oficial, que hablaba de una pronta resolución del conflicto.

—Don Antonio Cánovas, que en paz descanse, era un gran estadista y un gran cristiano cuya pérdida debe deplorar cualquier español bien nacido —afirmó el canónigo, atiplando todavía más su voz meliflua—. Si se negó a enviar más soldados fue porque sabía que, estando próxima la estación de las lluvias, aumentaría el número de bajas entre nuestros hombres, que caen como moscas por culpa de las enfermedades tropicales.

Parada debía su nombramiento a Cánovas; pero sabía perfectamente que el bollo es para los vivos y el hoyo para los muertos:

—Sea como fuere, el caso es que Polavieja renunció. Me cuentan mis amigos de Madrid que ahora está intrigando y que se postula para cuando vuelvan al poder los conservadores. No sería mal ministro de la Guerra, me parece.

—Un poco beatorro, tal vez —apostilló, jocosamente, el pollastre chupatintas.

Parada y el canónigo se sumaron al cachondeo. La risa les repicaba en las barrigas blandulonas. Sabían que la alternancia pactada por Sagasta y el difunto Cánovas era una pantomima que les aseguraba seguir disfrutando de sus prebendas y canonjías, aunque la chusma patalease. Las Morenas se avergonzó de servir al régimen corrupto que sostenían aquellos bellacos.

—Está usted muy callado, capitán —lo interpeló Parada—. ¿Qué opinión le merece su nuevo jefe, el general Primo de Rivera?

Las Morenas se sentía como Cristo ante los fariseos, esquivando sus asechanzas. Pero aquella maldad sinuosa lo obligaba a mantenerse alerta; y ese estado vigilante lo estimulaba:

—Como militar no puedo hacer críticas de un superior, bien lo saben ustedes. El general Primo ha actuado hasta la fecha con gran inteligencia: primero, lanzando una ofensiva que intimidó a los rebeldes; después, ofreciendo el indulto a quienes abandonaran las filas enemigas e iniciando una política de apaciguamiento.

El chupatintas, que al parecer frecuentaba todos los mentideros de Manila, destiló unas gotitas de bilis:

—Dicen que, apenas obtenida la primera victoria, telegrafió a Madrid, asegurando poco más o menos que la revuelta había sido definitivamente aplastada. Pero ni sus aparentes victorias ni la paz firmada por Aguinaldo bastan para contrarrestar su fama de gafe.

La orquesta había abandonado el repertorio de valsos y rigodones y se decantaba por pasajes zarzueleros que permitían bailes más arrimados.

—El general Primo no hace sino obedecer las órdenes de Madrid —intervino el canónigo, quitando credibilidad a esas supersticiones populares—. La calamidad mayor que padecemos es el gobierno de Sagasta, que no quiere gastarse un duro en Filipinas, porque tiene el erario exhausto. Por culpa de Sagasta se ha firmado ese tratado de paz tan ignominioso. ¿Dónde se ha visto que una nación como España firme un tratado con una pandilla de filibusteros? A los filibusteros, como a las malas hierbas, hay que aniquilarlos hasta no dejar ni uno.

Pero esta última proclama debió de parecerle poco caritativa e impropia de su estado y se ruborizó, con ese color sonrosadote del culo de un bebé cuando se le pega una palmada. A Las Morenas siempre le había molestado el desparpajo belicoso de los estrategas de salón:

—El general hizo lo único que podía hacer. Con los rebeldes refugiados en las espesuras de Biacnabató no quedaba otro remedio. Nuestras tropas no están preparadas para la guerra de montaña, que exige conocimiento del terreno y caballería.

El chupatintas, por una vez, asintió a las observaciones de Las Morenas. Era un pragmático al que no preocupaba negociar con filibusteros; en cambio, no le gustaba tanto que los filibusteros fuesen recompensados, a cambio de entregarse:

—Lo que en verdad hace vergonzoso ese tratado de paz es que España haya accedido a pagar un millón setecientos mil pesos a Aguinaldo. ¡Esto ya es el acabose!

—¡Y si sólo fuese pagar! —se encabritó Parada—. Porque se puede librar una orden de pago que cumpla con los requisitos administrativos y yo no tendría nada que oponer. Pero el caso es que han estado regateando durante casi medio año. Aguinaldo pedía tres millones, Primo le ofrecía medio millón. Y así, con el

tira y afloja, llegaron a esa cantidad, sin seguir un procedimiento administrativo, sin aprobación de las Cortes, ¡sin cumplir ninguno de los requisitos que establece el reglamento!

A falta de ideales, los chupópteros del régimen disputaban por tiquismiquis de leguleyos. Las Morenas pensó que España estaba perdida: a un hombre lo puedes enviar a la batalla en defensa de su honor, de su familia o de su religión, pero no en defensa de un plazo administrativo. Sería tanto como pedirle morir por el sistema métrico decimal.

—Al menos una satisfacción nos resta, caballeros —terció el canónigo, siempre componedor y posibilista—. Según pude leer en *El Imparcial*, Aguinaldo, poco antes de subir a bordo del barco que lo llevaba deportado a Hong Kong, gritó: «¡Las Filipinas, siempre españolas!». Y dicen que lanzó varios vivas a España.

Esbozó un pucherito, como si lo emocionara la conversión súbita del hombre que había batallado a los españoles durante años. Las Morenas reventó sus ensueños:

—En efecto, Aguinaldo ha abjurado de todas sus ideas revolucionarias, aunque me permito dudar de su sinceridad. De todas menos de una: sigue creyendo que España debe promulgar nuevas leyes que restrinjan el poder de los frailes, si quiere ser un país... ¿Cómo decían antes? —ironizó—. Un país donde el progreso de la Humanidad y la modernización de la Iglesia vayan juntos de la mano.

El canónigo removió sus mantecosas posaderas en el asiento, como si ya empezase a notar la guindilla revolucionaria en el ano. El pollastre chupatintas no iba a ser, desde luego, quien llegada la circunstancia se preocupase de administrarle linimento en las escoceduras:

—Me parece saludabilísimo que la Iglesia dé un paso atrás en las cuestiones de orden temporal. Los tiempos de Pío IX quedaron dichosamente atrás. Y cuanto más empeño ponga la Iglesia en dilatarlos, más posibilidades habrá de que el populacho se revuelva, como pasó durante el traslado de la carroña... perdón, los restos mortales de aquel papa infame. —El chupatintas, infatuado como un lorito, buscó la anuencia del canónigo, que achantó la mui—. A mí lo que de verdad me preocupa es que los filibusteros estén instruyendo otra vez a sus soldados en pro-

vincias y reclutando nuevos adeptos. Y que, con el dinero recibido, vayan a comprar fusiles y municiones para un nuevo levantamiento.

Sonaba en el salón de baile la marcha real, como acompañamiento socarrón a los malos augurios. Parada, deseoso de comprometer a Las Morenas a toda costa, volvió a escupir su venenito:

—¿Tampoco a esto tiene nada que decir, capitán?

—¿Qué voy a decir que ustedes no sepan? —ironizó Las Morenas—. Estamos celebrando el fin de las hostilidades, pero he pedido a mi esposa que regrese con nuestro hijo a España de inmediato. Mañana parten en el vapor *Alfonso XIII*. Imagino que con esto les bastará para comprender que esta paz no me parece muy fiable.

—Hace usted muy bien —apuntilló el pollastre—. Últimamente, quienes vivimos en Manila empezamos a darnos cuenta de que esta no es la ciudad segura que nos repetían. El Katipunan tiene también sus células en la capital.

—¡A imitación de las logias masónicas! —se santiguó el canónigo.

El pollastre se cruzó de piernas y se sacudió unas motas del pantalón, como si se sacudiera las migas de un imaginario mandil. Avinagró el gesto:

—No mezclemos churras con merinas. El Katipunan es una merienda de monos; la masonería, en comparación, una academia de próceres.

Y así, con sus ínfulas de prócer en fase germinal, aliviaba el oprobio de ser tan sólo un chupatintas, al que los maestros de su secta ni siquiera se dignaban enchufar. Concluida la marcha real, sonaron aplausos fervorosos y se desató el bullicio otra vez. Arrastrando consigo un enjambre de invitados adulones, el general Primo de Rivera abandonaba el baile, campechanote y triunfante, repartiendo zalemas, palmaditas y agasajos como si fueran caramelos. Parada ni siquiera había escuchado las últimas palabras de Las Morenas, pero en cuanto vislumbró al gobernador y a su séquito cacareó con voz potente, para que lo oyeran:

—Capitán, un grupo de funcionarios civiles hemos impulsado una suscripción, en homenaje de gratitud al general Primo

de Rivera. Ya hemos logrado reunir la suma de seis mil pesos. ¿Podremos contar con su aportación?

Volvió a mirarlo con fiera metálica, aunque sonreía hipócritamente enseñando unas encías gelatinosas, casi genitales. La repulsa moral que hasta entonces había provocado en Las Morenas aquel bellaco, capaz de despellejar en su ausencia al superior al que luego halagaba ante la galería, se transformó en asco fisiológico, en náusea pujante e incontenible. Por defender a bellacos como aquel Las Morenas había combatido a los carlistas en Molins del Rey y la Seo de Urgel.

—El general Primo ya ha recibido, en premio por la paz lograda, la Cruz Laureada de San Fernando y diez mil pesetas de pensión anual —dijo—. ¿De veras cree necesaria esa suscripción, Parada? ¿No sería mejor destinar ese dinero a los pobres? El propio general creo que se lo agradecería. Caballeros, si me permiten...

El canónigo, como en un acto reflejo, le alargó una de sus manos blancurrias como bodigos mal cocidos, para que se la besase, pero Las Morenas apenas inclinó levemente la cabeza en señal de despedida. Sus contertulios se levantaron, galgüeando como zascandiles en pos del general Primo, que ya había entrado en la salita, de repente invadida por una multitud de petimetres lameculos y señoronas casquivanas que le hacían la rosca. Las Morenas se cuadró ante el general, haciendo entrechocar los tacones de sus botas; y Primo le correspondió con un breve ademán de reconocimiento, invitándolo a relajar la ordenanza militar. Aprovechó la turbamulta para abandonar la fiesta antes incluso que el homenajeado. Aquel ambiente de júbilo aspaventero le producía una mezcla de desazón y encono muy similar a la que el hambriento experimenta cuando contempla una tarta en el escaparate de una pastelería; no era envidia, ni tampoco despecho, sino más bien una suerte de escandalizada, tristísima perplejidad. Al llegar al hotel, Las Morenas se quitó las botas antes de entrar en la habitación y se tumbó en la cama que compartía con Carmen sin desvestirse siquiera; el sobre del general Primo de Rivera, que se había guardado en el bolsillo de la guerrera, le quemaba como una angina de pecho. Lo separaba de Carmen una almohada que los criados del hotel colocaban ver-

ticamente en mitad del colchón, al parecer según inveterada costumbre del establecimiento, para que sus huéspedes pudieran dormir abrazados a ella. Este caprichoso uso no había logrado disipar en el capitán Las Morenas la impresión de que aquella almohada, como la espada que el rey Marc interpuso entre los cuerpos de Tristán e Isolda en el lecho donde habían consumado su adulterio, estaba allí para recordarle el fracaso de su matrimonio.

—¿Qué pasó entre nosotros, Carmen? —murmuró.

La oía respirar acompasadamente, demasiado acompasadamente como para que estuviese dormida. Se volvió hacia ella y comprobó que, en efecto, tenía los ojos abiertos, absortos en algún pensamiento indescifrable, tal vez en la pura nada.

—No te entiendo, Enrique. ¿Qué quieres decir?

Por las noches, descendía sobre Intramuros una humedad como de ciénaga que parecía anegar los pulmones, sin dejar sitio para respirar.

—Quiero decir: ¿cuándo nos dejamos de amar?

Muchas veces había tratado Las Morenas de establecer una fecha exacta a ese rompimiento, sin lograrlo jamás. Recordaba el noviazgo incandescente, el vértigo del deseo como un ladrón furtivo en la noche de bodas, aquel desmayarse, atreverse, estar furioso, áspero, tierno, liberal, esquivo y demás ebulliciones del ánimo enumeradas por Lope. Recordaba la fuerza arrasadora de aquel cataclismo llamado amor; y, de repente, recordaba aquel amor convertido en un cementerio donde yacían las cenizas de una pasión efímera que ambos habían creído nacida para la eternidad. ¿Cuándo se habían dejado de amar?

—Creo que en realidad nunca nos amamos, Enrique —dijo Carmen, sin volver la cara, mirando al cielo raso de la alcoba, o más exactamente al mosquitero que coronaba la cama a modo de dosel, como una telaraña donde pataleaban sus frustraciones—. Aquello fue la suma de dos egoísmos. Al principio nuestros egoísmos buscaban la misma cosa, llámalo felicidad inmediata o placer o satisfacción de un apetito; y como lo logramos fácilmente, confundimos aquella euforia con el amor. Pero aquella euforia se enfrió. Y se disipó el espejismo.